

LA PROTESTA

PORTE PAGO SUPLEMENTO SEMANAL PRECIO: 10 cts.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administ.: PERU 1537

Valores y giros a M. Torrente

AYER Y HOY

Los imperialistas españoles

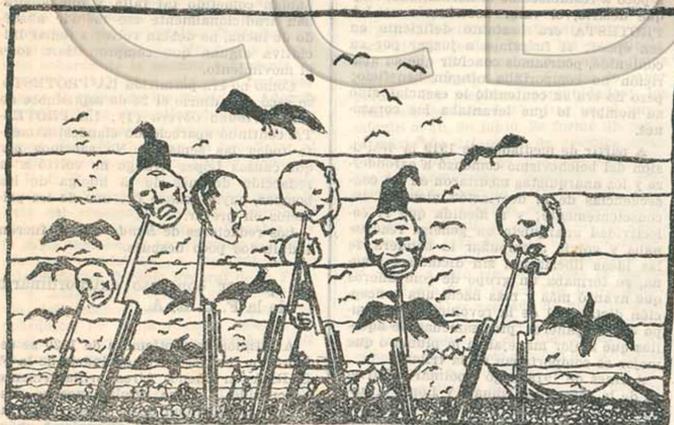
Obedeciendo consejos de Lloyd George, Primo de Rivera hace meses inició su retirada para refugiarse en una estrecha zona de la costa. Esta maniobra estratégica del militar famoso entre músicos y periodistas, se parece mucho a la del no menos célebre general ruso Kuropatkin acosado por los japoneses, que a la fuga le Hamaba también retirada... estratégica.

No discutiremos la inteligencia, ciencia y tacto militar de las cuales podrá ser poseedor el compañero de francachelas de Alfonso, pero si ellas equivalen a su talento de estadista, y juzgándose además la redacción de sus ukases, nos rarece que son bien deleznales. Napoleón, como hombre de Estado fué torpe y perverso, y aun siendo sólo un aventurero, su lenguaje por lo menos poseía dominio sobre las cosas físicas. Y hasta este dominio, al alcance de cualquier inteligencia despierta y posiblemente vulgar, se le escapa a menudo al generalote, profiriendo asnadas que hacen e hicieron reír hasta al más misántropo de sus súbditos. No reteniendo el poder abusivamente entre sus manos, estas cualidades de mantenedor de juegos florales en un casino, serían amenas y digestivas para los contertulios. Lo grave es que manda un ejército, que bajo su pata herrada tiene a una nación y envía comunicados anunciando victorias y operaciones militares casi siempre felices, las que son publicadas por la prensa gorda y grande de todos los países y festejadas o lloradas por sus compatriotas ultramarinos.

horrorosas por la inútil crueldad de los invasores. El coronel Millán Astray, elevado al rango de los semidioses nacionales, y su acólito Franco, publicaron libros de sonoridad jactanciosa, relatando como hazañas homéricas los actos tristemente vandálicos cometidos por los mercenarios del tercio extranjero o cosmopolita y los proyectiles moros, optaban por una muerte "gloriosa". Se incendian aldeas, se queman las cosechas, se matan los animales de labranza, se ultima a bayonetazos mujeres y niños, se asesina a todos los prisioneros y se pretende todavía pasar a los ojos del mundo como catiguadores y "pionners", después de haber perpetrado estas aberraciones criminales.

El basto generalote Sanjurjo, alcohólico consuetudinario y repulsivo, ofrecía pagar cinco pesetas al soldado "valiente" que le presentara la cabeza de un moro. Hace algunos años, el diputado Indalecio Prieto denunció al parlamento español un capitán que había violado cincuenta mujeres indígenas en término de pocos meses. En ocasión de una fiesta en Melilla, a la duquesa de la Victoria se le regaló una canastilla adornada de flores que contenía una cabeza de moro. La donosa y macabra ocurrencia fué muy celebrada.

Si leemos en cualquier cotidiano bonaerense que el harca de Soliman El Jabatí recibió órdenes de arrasar los poblados de Kalalien, y que sus soldados ahuyentaron a los rebeldes, incendiando y saqueando el caserío, se comprenderá que



¿Y todo esto para qué? ¿Para qué tanto "altruismo y sacrificios" por parte de este viejo pisaverde, encanecido en el juego, la orgía y el vicio? Seguramente aherroja, amordaza, encarcela y fusila con el único y sacrosanto fin de regenerar a España y civilizar a Marruecos.

De cómo civilizan las tropas españolas a los africanos, nos da cuenta diariamente la prensa cotidiana, cuando nos comunica que incendian los adueros mientras los aviadores destruyen, por ejemplo, Beni Salem, "obligando a los habitantes a vivir al raso, soportando las intemperies de las actuales temperaturas bajas". Respecto a la regeneración de España, son elocuentes pruebas el canje recibido de los diarios de la península, en los que vemos grandes claros en sus columnas, que denotan las podaderas de la fiscalización mope de los militarotes.

Los pillajes en suelo marroquí cobran, en la mayoría de los casos, proporciones

lo relatado anteriormente no es más que la verdad lisa y llana. Por lo demás, estos crímenes ya no se ocultan. Para ello se invoca el derecho de la defensa, que los "patriotas" censurarán en la primera ocasión, cuando los moros rebeldes, al defenderse, maten centenares de españoles. Dobleemos la hoja sobre hechos tan conocidos, ya que todos los leen en la prensa diaria y retrocedamos unos quinientos años, para presentar las tristes gestas de los conquistadores ibéricos de aquellos tiempos.

Se trata de los primeros "colonizadores y civilizadores" españoles en nuestra América. Estas noticias fueron tomadas del inca Garcilaso, quien relata la vida de los tristes mitayos destinados a desagotar de oro y plata el cerro de Potosí. "Durante las noches — dice una

de las notas — dormían a las entradas de las cavernas, sin otra cama que los andrajos con que cada cual podía cubrir su desnudez. Así que, concluido el tiempo de expatriación, no volvían a su hogar ni la décima parte de aquellos infelices. Extendíase la conscripción sobre trescientas leguas, debiendo cada provincia suministrar un contingente determinado. Un sorteo decidía de los desventurados mitayos que malbarataban sus cortos bienes para soportar los gastos de viaje, dejando sus familias en la miseria, o arrastrándolas a que pereciera con ellos mismos.

"Llegado el día de su partida, se presentaban estas víctimas de la obediencia delante del cura, que ya estaba esperándolas en la puerta de la iglesia con cruz alta, y revestido los aspergeaba y decía la oración de costumbre y una misa pagada por ellos para impetrar del todopoderoso el buen éxito de su viaje. Luego salían a la plaza acompañados de sus padres, parientes y amigos, abrazándose mutuamente con muchas lágrimas y sollozos; se despedían y seguidos de sus mujeres y de sus hijos tomaban su derrota enusimismados en su dolor y sentimiento. Aumentaba lo funesto y lúgubre de esta escena el son de sus tamborillos y el de las campanas tocando a rogativa".

Y esta otra nota patética: "El día del nacimiento de un hijo, era celebrado con amargo llanto y si nacía varón muchas madres los ahogaban o despedazaban contra las piedras para no verlos esclavos de los españoles".

Otra de las noticias se refiere a los sacerdotes católicos que salieron del Cuzco, armados para combatir contra los desdichados mitayos. Eran más tristes que los soldados del rey.

No existe en la literatura mundial un carácter tremendamente siniestro como el de este sacerdote que arroja la cruz, e invocando, sin embargo, el nombre de Cristo, arrémete furiosamente al lado de los poderosos, contra los humildes, contra los perseguidos, contra los desamparados, sin que su conciencia católica, apostólica y romana, le reprochase la monstruosidad de sus crímenes. Es aquel mismo sacerdote que con la cruz en alto esperaba, a la puerta de la iglesia aldeana, al contingente periódico de los indios consagrados a lenta muerte en las concavidades del cerro maldito, para rociarlo con agua lustral e impetrar de Dios "el buen éxito del viaje". Cuando un día los mitayos sobrevivientes, trémulos de fiebre y de hambre, se acercan al Cuzco armados de piedras y palos, este sacerdote se precipita a matarlos.

Para el animal de presa que es el hombre, sus pasiones no cambian al compás del tiempo que huye. Hace casi unos cinco siglos los aventureros españoles asolaron la tierra americana con el santo y seña de la cruz y de los arcabuces y al querer civilizarla, despojaban de su libertad y de sus riquezas a los naturales del país. Hoy, en Marruecos, intentan con poco éxito el mismo lance, escudados en las mismas patrañas que ya no engañan a nadie. La clase autócrata de España no se aviene a la pérdida de sus colonias. Derrotados en Cavite, no se resignan como Don Quijote a dejarse de andanzas, y se meten en los abruptos pedregales de los cerros pelados del infierno marroquí, para que desde 1909 hasta este año de gracia y desgracia sin fin, la raza se puerpice en una sangría ininterrumpida. Sabemos que los imperialistas y los bandoleros internacionales no tienen patria ni país y que en ese género tanto vale un español como un inglés, un francés o un nipón; sabemos que Britania, la que gobierna los mares, cometió también atrocidades inconcebibles en su imperio de la India, y las sigue perpetrando, pero por alguien hablamos de empezar.



Y hoy para los españoles es de inminente actualidad el problema de Marruecos, que ya parece no tener solución. Retirándose o atacando, están igualmente perdidos. Hoy, para todo español sensato su deber sería ayudar por todos los medios a los moros para que conquisten su independencia y librar a España, a la raza, a las masas proletarias, de esa enorme y sangrienta pesadilla, que es como un pulpo que la tiene apesada en sus tentáculos.

Nunca nación alguna emprendió empresa más estéril y al mismo tiempo desca belladamente criminal. Diferárase que Hispania y sus habitantes se hallan enfermos de vanidad y enloquecidos de soberbia. Si, es soberbia no reconoces los propios errores por los cuales perecemos, en una agonía incesante.

El abandono total de Marruecos, además de un acto de elemental justicia hacia una raza que tiene derecho a la vida y la libertad como cualquier otra, sería también un camino de resurrección para el pueblo español, el cual debería imponer ese abandono a la camarilla de militares, de duques, condes y otras alimañas surtidas.

Hermoso y regenerador sería este gesto al partir de la masa popular, que al pleitear por la libertad ajena, negándose a ser verdugo, matarife a sueldo de semejantes suyos, conquistaría su estima, y, lo que es más, el don inapreciable de su completa independencia.

Reconozcamos que soñar con la cordura de los gobernantes y del populacho, de la "mohocracia", que diría Gandhi, es resueltamente absurdo en estos tiempos de despojos cínicos.

El infierno carcelario

La prensa que se atrincheira detrás de grandes verdades para propalar las más flagrantes mentiras, se hace eco de denuncias, reveladoras de que los regímenes carcelarios se hallan en abierta contradicción con lo que dictamina la Carta Orgánica del país. Es un poco tarde para que publiquen esta flamante noticia y comprueben este trillado abuso. Ya todos lo conocen, uno de memoria, y los más por amarga experiencia.

Nada ya nos extraña que en los pabellones de detenidos del Departamento de policía de La Plata, se encuentren 18 procesados y penados afectados de tuberculosis y que después de varios meses y casi un año de gestiones continuas, no haya sido posible hospitalizarlos. Tampoco nos causa mayor asombro conocer que en la cárcel de Catamarca, encerrados en celdas cochinas e infectas, verdaderos lugares de suplicio, permanezcan dos lunáticos a quienes no se les puede internar en una casa de salud porque las autoridades de la provincia manifiestan care-

cer de recursos para costearles los pasajes. Lo que nos causaría una profunda estupefacción es que las mentadas autoridades policíacas de La Plata o provinciales de Catamarca llegaran a adoptar alguna providencia para subsanar la anomalía subsistente. Les damos como plazo un año; y si de aquí a esa fecha la tuberculosis no entró en la mayoría de los penales al cementerio, será porque antes el pueblo habrá derruido todas las cárceles del país.

Hasta ahora no se conoce otro remedio más radical y eficaz que arrancar de cuajo estos establecimientos de infamia. Esos diez y ocho enfermos tuberculosos, o lo que sean, y los insanos, han existido y existirán siempre como hemos podido comprobarlo en algunas andanzas por esos lugares.

No hay que confundir el epítifonema con la causa, ni el rayo con el trueno. En el papel puede estar escrito el precepto constitucional que la cárcel no debe ser un lugar de mortificación, sino de seguridad para los condenados, pero en la realidad es ya otra cosa totalmente diferente. Sino preguntélese a los Sacomanos, Radowitzky, y no digamos de Kurt Wilckens que de haber vivido, el martirio de los primitivos cristianos sería poca cosa para él. Al infierno carcelario se le debía grabar el motto de Dante: "Lasciate ogni speranza o voi che entrate".

El presidente se divierte...

Después de la visita al papa en el Vaticano y al rey en el Quirinal, Alessandri, el problemático presidente de Chile, se paseó triunfalmente por Europa, deteniéndose en estos días en la ciudad-luz — cuya lumbre no alumbró para nada — donde se le banquetó, se le discursó y se le agasajó con la unción servil de quienes saben que un presidente vale por lo que pesa... en oro y concesiones.

En una palabra, el hombre se divierte. Pasea su vanidad de vistoso pavo real, mientras sus compatriotas están a punto de romperse la crisma. El hombre se desquita de las pretéritas zozobras, del sustazo mayúsculo cuando le quitaron el sillón, y de las amargas, salobres lágrimas que vertió al abandonar la "patria querida", que por quererla mucho todos la exprimen hasta dejarla anémica.

Nos tememos que estos actos de confraternidad chileno-francesa, chileno-italiana, argentina, turca y siamesa, rociada con abundantes vinos, rociada con suculentos manjares y aspergeada de oratoria de segunda mano y champán de primera, le proporcione una indigestión mayúscula al "cher" Alessandri, al saber que alguien ya ocupó el sitio en ese acariado sillón presidencial.

Curiosa manera de practicar la democracia de este presidente liberal, que mientras su pueblo, su país, se halla al borde de la ruina y de la guerra civil, él se divierte con la desaprensión de cualquier rasta argentino, peruano o mejicano, que allá, en su "patria", tienen esclavos que les proporcionan pingües rentas.

Aníbal por Capua fué derrotado por los romanos, y Alessandri será derrotado por la molicie, la cachaça y la flema con que encara ciertos problemas que a un Cronwell le hubiesen valido un mes de insomnio y fiebre perenne. Alessandri es solamente un presidente de opereta, un figurón decorativo, a quien la vanidad lo perderá irremisiblemente.



LA UNIDAD DE CLASE Y SUS DERIVADOS

Sobre el título que encabezan estas líneas, tenemos el propósito de publicar una serie de artículos que resuman la campaña de LA PROTESTA y de la F. O. R. A. durante más de dos años contra la mentira marxista de la unidad del proletariado; primeramente hablaremos de la situación del movimiento obrero de la Argentina en los años 1920-22, pero el objeto principal es la exposición de la doctrina defendida por LA PROTESTA por primera vez y que ha dado en todo el mundo lugar a discusiones y a incompreensiones. Esta recapitulación era destinada al periódico Humanidad de Méjico, pero creamos que es un tema de interés para los países en que la cuestión no ha sido aun discutida o lo es deficientemente, y nos parece mejor ir dándolos al SUPLEMENTO, que tiene una mayor circulación internacional. — D. A. de S.

En los anarquistas del mundo que siguen paso a paso las luchas, agitaciones y aspiraciones del movimiento revolucionario, las palabras "unidad de clase", "frente único del proletariado", etc., no pueden menos de evocar el nombre de la Argentina, porque en ninguna parte han sido examinados esos conceptos más profundamente ni tuvieron la virtud de exaltar tanto como en este país el espíritu de las grandes masas. Durante años enteros, el "frente único" y la "unidad del proletariado" fueron objeto de la más amplia discusión en la prensa, en la tribuna, en todas partes; el campo obrero delimitó perfectamente sus tendencias en torno a esas palabras. En nombre del "frente único" se deshicieron viejas amistades, se rompieron todos los lazos de la tolerancia recíproca y se agudizó la lucha de tendencias hasta un grado inconcebible de acritud. Actualmente podemos asegurar que ese pleito ha terminado con la escisión más clara y consciente de los diversos campos de la lucha social. Y es de notar que los anarquistas de la Argentina, salvo un pequeño número de "intelectuales" y alguna que otra excepción, han adoptado desde el primer instante una posición decididamente hostil al "frente único". Creemos que será de interés para los camaradas de otros países el conocimiento de la solución dada a ese viejo tema de demagogia en la república del Plata. Con la liquidación de ese asunto se ha cerrado un interesante capítulo de la historia del movimiento anarquista argentino — un capítulo que nos da la clave para la comprensión de actitudes y de ideas que tarde o temprano se extenderán a todas las regiones en que los libertarios quieren acercarse al movimiento obrero como fuerza independiente y autónoma, es decir, como movimiento social revolucionario.

La revolución rusa y sus efectos en la Argentina.

Como en todos los países en que existía un movimiento obrero revolucionario, la revolución rusa despertó en el proletariado de la Argentina un júbilo sin igual. El entusiasmo popular asumió enormes proporciones, y allá por 1919 se creía de un momento a otro en el advenimiento del juicio final de la burguesía. Por aquella época no se conocían aún los comunistas; los únicos defensores de la revolución rusa eran los anarquistas y fue tal la influencia que produjo el hecho ruso en todas las conciencias, y era así las condiciones de la lucha cotidiana, que el sofisma de la "dictadura del proletariado" no provocó el rechazo que hubiera debido provocar en un período en que el cerebro guiase por lo menos los impulsos del corazón. LA PROTESTA, no obstante dejar entera libertad a sus colaboradores, no se dejó arrastrar del todo por la corriente; de tanto en tanto un redactor, López Arango, echaba un jarro de agua fría sobre los entusiasmos bolchevistas, y apelaba a la reflexión. Comprendiendo la oportunidad, un grupo de camaradas, a quienes se miraba de reojo en cierto modo por sus hechos pa-

sados y sus ambiciones mal disimuladas, resolvieron la publicación de un diario, *Bandera Roja*, declaradamente anarco-bolchevista; bien pronto su tiraje alcanzó a cerca 20.000 ejemplares; por su parte, LA PROTESTA llegaba diariamente también a los 15.000; además había otras publicaciones que ejercían una gran influencia, como la revista "El Burro", anarco-bolchevista también, con un tiraje semanal de 40.000 ejemplares, cifra jamás alcanzada por una publicación revolucionaria en Sur América, *La Obra*, redactada por R. González Pacheco y T. Antilli, adversaria del bolchevismo, con un elevado tiraje semanal igualmente. Todos esos entusiasmos culminaron en la semana trágica de 1919, que costó algunos centenares de muertos y algunos millares de heridos. *Bandera Roja* fué procesada, LA PROTESTA clausurada, numerosos militantes españoles e italianos fueron deportados, otros pasaron una larga temporada en la cárcel; los redactores de *Bandera Roja* fueron enviados a Ushuaia; Barreira, el alma de LA PROTESTA, estaba en la cárcel de Río Gallegos desde noviembre de 1918, después de la fuga frustrada de Simón Radowitzky. Los que quedaban libres no poseían la suficiente claridad de ideas para dar unidad a las huestes dispersas a consecuencia de las manzanas de enero ni para iniciar el examen de la significación del bolchevismo. *La Obra* influía sólo en una parte reducida de compañeros y su actitud hostil desde el principio al bolchevismo era tan irreflexiva como la adhesión incondicional. Sólo podía salvar el desconcierto y hacer olvidar el desastro a aparición de LA PROTESTA. En julio de 1919 se comenzó a publicar un diario, *Tribuna Proletaria*, redactado por M. Anderson Pacheco y A. S. Bianchi, pero no logró reanimar el movimiento. Por fin en octubre reapareció LA PROTESTA; sólo el nombre del viejo votero anarquista significó un principio de reacción en nuestras filas; la Federación Obrera Regional Argentina, que había sufrido un golpe tan serio en la semana de enero, rehizo rápidamente sus cuadros y comenzó poco a poco a restablecerse la normalidad. Hay que decirlo, el valor doctrinario de LA PROTESTA era bastante deficiente en esa época; si fuéramos a juzgar por su contenido, podríamos concluir que su aparición no comportaba ningún beneficio; pero no era su contenido lo esencial, sino su nombre lo que levantaba los corazones.

A partir de mediados de 1919 la desistación del bolchevismo comenzó a extenderse y los anarquistas meditaban en las consecuencias de la desviación aleatoria inconscientemente; y a medida que la colectividad anarquista en general reaccionaba y volvía a empuñar la bandera de las ideas libertarias, sin dictadura alguna, se formaba un grupo de compañeros que avanzó más y más hacia una concepción dictatorial de la revolución, un grupo de compañeros, precisamenae de aquellos que mejor manejaban la pluma o que mejor se comportaban en la tribuna. A fines de 1919 llegó Apolinario Barreira de la cárcel de Ushuaia y López Arango volvió a la redacción de LA PROTESTA; poco a poco fueron concentrándose las fuerzas y dados los avances dictatoriales de los partidarios de *Bandera Roja*, cuyos redactores estaban aún en prisión, había que prever un choque de ideas que tendría duraderos resultados, pues ese choque de ideas encontradas no sería ventilado en términos del todo amistosos, dados los precedentes que no podríamos entrar a definir aquí.

El secretariado de la F. O. R. A. es ocupado por dos camaradas, A. A. González y S. Ferrer, los cuales más tarde han desempeñado un papel bastante famoso como para tener que mencionar sus nombres.

La huelga de las bombas.

En marzo de 1920 se declaró una huelga famosa, conocida con el mote de "huelga de las bombas", en beneficio de los presos por cuestiones sociales, pero en primer lugar destinada a conseguir la libertad de los redactores de *Bandera Roja*. Esa huelga fué preparada por los ami-

gos y deudos de dichos redactores, en combinación con el "secretariado" de la F. O. R. A. En un día determinado debía declararse la huelga y ser presentada un pliego de condiciones al presidente de la república; si éste no accedía a poner en libertad a los presos por cuestiones sociales, se harían estallar numerosas bombas en la capital argentina; ese plan terrorista era conocido por todos, y los camaradas que veían claro entonces se encontraron en una situación comprometida y difícil. LA PROTESTA no podía alentar ese plan terrorista, ante todo por desconfianza en sus ejecutores y en segundo lugar porque sostenie el punto de vista que las revoluciones hechas a base de bombas y las revoluciones de opereta son más o menos equivalentes. Si LA PROTESTA asumía una actitud franca contra ese proyecto, se hubiera podido decir que no quería apoyar un esfuerzo en pro de nuestros presos; además rompía por eso mismo sus relaciones con la F. O. R. A., cuyo secretariado apoyaba la huelga de las bombas; si callaba se hacía cómplice del fracaso inevitable. ¿Qué hacer? Cuando la F. O. R. A. llevó la declaración de huelga al diario, una parte de la redacción se opuso a que se publicara, sin embargo se publicó y el movimiento obrero anarquista, que comenzaba a respirar de nuevo después de la semana de enero, se cubrió de ridículo, porque los gremios apenas respondieron y las bombas con que se había amenazado fueron a parar todas a manos de la policía; algunos camaradas que habían tomado parte en los preparativos para aterrizar la población de Buenos Aires si no eran puestos en libertad los presos por cuestiones sociales, fueron condenados a varios años de cárcel; los promotores apenas fueron molestados; LA PROTESTA, no obstante su actitud adversa, fué clausurada, y su personal fué a descansar algún tiempo a la cárcel. Más tarde se descubrió que la famosa huelga le las bombas, como no podía menos de esperarse, había sido preparada y subvencionada por la policía, uno de cuyos agentes, Juan Porta, tomó un papel preponderante en los cenáculos de los amigos de *Bandera Roja*.

A partir de esa huelga, la mayoría de los camaradas comprendieron que entre los anarco-dictadores de *Bandera Roja* y el movimiento en general no duraría mucho la paz; en LA PROTESTA y entre los viejos militantes de la F. O. R. A. reinaba la opinión que los individuos que habían cometido tal falta y que alentaban tradicionalmente ese método absurdo de lucha, no debían volver a tomar iniciativa alguna que comprometiera todo el movimiento.

Como no era permitida, LA PROTESTA se sacó otro diario el 24 de septiembre de 1920, *Tribuna Obrera* (1); LA PROTESTA continuó apareciendo clandestinamente todas las semanas. No sabemos por qué causas López Arango no volvió a la redacción después de la huelga de las bombas, cuya alcance fué uno de los primeros en prever.

Los redactores de *Bandera Roja* fueron indultados poco después.

El primer congreso extraordinario de la F. O. R. A.

A últimos de septiembre de 1920 se celebró un congreso extraordinario de la F. O. R. A. en Buenos Aires, brillantemente concurrido. De sus resoluciones se desprende la fidelidad de la masa organizada a los principios del comunismo anárquico; pero un observador atento no puede menos de constatar en las resoluciones de ese congreso una mano oculta, empuñada ante todo en llevar la F. O. R. A. a Moscú; es cierto que se aprobó una moción en pro de la fundación de una "Internacional en el sentido bakuninista", pero se aprobó que la F. O. R. A. llevase el agregado "comunista" y un sello que recuerda los símbolos de la dictadura soviética. A simple vista, esto no parece tener mayor trascendencia, pero en realidad sus proponentes, el "secretariado" de la F. O. R. A., tenían ya una doble intención, revelada más tarde, aunque para algunos se reveló ya bien claramente entonces. En el mismo congreso se aprobó también una resolución sobre la

(1) Anteriormente, en junio, se había publicado otro diario, "La Batalla", que al cuarto número fué secuestrado por la policía.

ente en casos especiales con las demás organizaciones obreras no adheridas, para posibles acciones comunes. En otro país una resolución semejante no habría tenido mayor trascendencia, y en la Argentina, en otra ocasión, tampoco, pero entonces respondía a un plan premeditado de gentes que perseguían inconfesables intenciones, y por eso la resolución sobre la entente del congreso de septiembre de 1920 tuvo después tanta resonancia.

La F. O. R. A., es decir, el movimiento obrero anarquista, abarcaba la casi totalidad del proletariado organizado de la Argentina; las constantes traiciones y la táctica reformista de los sindicalistas, habían poco a poco deshecho la organización rival. La huelga de La Forestal y el movimiento de los trabajadores de Mendoza en solidaridad con los maestros habían cavado la fosa del sindicalismo puro en la Argentina; las fuerzas de éste, o bien se declaraban autónomas o bien se adherían a la F. O. R. A. anarquista; la proposición sobre la entente, aprobada en el congreso de septiembre, se refería a los gremios autónomos, bastante numerosos, pues la organización sindicalista apenas existía ya.

Congreso sindicalista de La Plata.

Llegó el mes de enero de 1921 y comenzó a sesionar un congreso sindicalista en la ciudad de La Plata. El número de los delegados era insignificante y las luchas y conflictos internos reducían aun más su influencia y presentaban el imperativo de la disolución de la organización. De repente se decide invitar a la F. O. R. A. a que enviase un delegado a presenciar los debates; la delegación la compusieron González y Ferrer, el "secretariado" famoso. El primero aprovechó la ocasión para alentar la fusión en una sola organización, de los sindicalistas y de los anarquistas. En consecuencia se constituyó un comité pro unificación obrera, y ese hecho, que era un excelente golpe de mano de los sindicalistas para salvar el honor de sus viejos pecados entrando a formar parte de una organización con los anarquistas, puso fuego a la mecha, y el examen de la idea de "frente único" se comenzó poco a poco en la prensa libertaria. Se supuso, y no sin razón, que la decisión del congreso sindicalista sobre la fusión, había sido convenida secretamente con el "secretariado" González-Ferrer. La F. O. R. A. anarquista no deseaba de ningún modo esa proyectada fusión; estaban demasiado recientes los hechos de Mendoza y la traición cobarde de la semana sangrienta de enero de 1919 para estrechar fraternalmente la mano de los traidores. Además los camaradas presentaban dobles intenciones en esos manejos fusionistas inoportunos, que sólo habrían de beneficiar al sindicalismo moribundo. Estaba claro que la F. O. R. A. mantendría sus principios y no admitiría la fusión sino sobre la base del reconocimiento del comunismo anárquico; los sindicalistas lo sabían, y lo sabía también el "secretariado" que dirigía esas maniobras a espaldas de los miembros del Consejo Federal de la F. O. R. A. Ahora bien; con esa condición previa del reconocimiento del comunismo anárquico, no había lugar a discutir la fusión por parte de los sindicalistas. ¿Qué se quería, pues?

La "entente" en la práctica.

Aprovechando la resolución de los sindicalistas sobre la formación de un comité pro unidad obrera, los anarquistas propusieron una acción inmediata en defensa de los obreros masacrados brutalmente por las tropas en los dominios de La Forestal, una poderosa compañía comercial que ocupa decenas de millares de obreros en el territorio del Chaco. Los anarquistas no podían contemplar pasivamente la represión sangrienta contra los obreros del Chaco y consideraron llegada la hora para el frente único efectivo. Enviaron varias invitaciones desde últimos de febrero hasta abril a los sindicalistas, sin obtener respuesta. Por fin el 10 de abril se recibe una evasiva que ni siquiera es diplomática. Mientras tanto los obreros del Chaco eran acosados por las balas policíacas y caían en los bosques a centenares. Si los anarquistas, en lugar de confiar en una acción común con los sindicalistas, hubieran procedido por su cuenta, se hubieran podido evitar dolorosas tragedias al proletariado explotado

en los feudos chaqueños. Pero la situación planteada por el asunto de la entente era tal que no cabía el recurso de la iniciativa independiente, pues hubiera significado una ruptura con la resolución respectiva aprobada en el congreso extraordinario de 1920. La trama urdida por el secretariado de la F. O. R. A. anarquista empezaba a producir sus resultados: el primero de ellos fué la inactividad forzosa durante las masacres del Chaco.

El 10 de Mayo de 1921 las hordas esclavistas de la Liga Patriótica atacaron a los manifestantes obreros en Gualeguaychú y asesinaron un gran número de trabajadores; se presentó otra oportunidad para llevar a cabo una acción común; los anarquistas la propusieron a fin de que no quedaran impunes los caídos en Gualeguaychú. Sin diplomacia alguna, la proposición fué rechazada.

El 25 de mayo, fecha de la independencia de la Argentina, los chauffeurs de Buenos Aires se declararon en huelga de protesta a causa de la acción emprendida en el movimiento obrero por los elementos patronales y fascistas. La huelga indignó tanto a los patriotas que vieron de ese modo aguada su fiesta cívica, que el 26 por la mañana llevaron un asalto repentino contra el local de los chauffers, en el cual resultaron muertos y heridos. En previsión de los efectos de la indignación proletaria, la policía tomó la delantera y comenzó a clausurar los locales obreros y la prensa anarquista, el mismo día 26 de mayo. Los presos llegaron a centenares; gran parte de los miembros del Consejo Federal de la F. O. R. A. fueron arrestados. Había llegado el momento de una acción decidida de todo el proletariado. Nuestros camaradas acuden con esa proposición sin perder un instante a la sede de los sindicalistas, donde la reunión se postergó por el 27 de mayo; en la reunión del 27 se decidió la huelga general a una hora y a otra se quería que el asunto pasara a referendum de los gremios, en momentos tan trágicos para los trabajadores de Buenos Aires en que toda pérdida de tiempo podía ser fatal. Primero se decidió la huelga, pero primero se hizo llegar al jefe de policía una demanda de libertad de todos los presos y reapertura de todos los locales obreros. Se llegó, en una serie infinita de discusiones y negociaciones, al 29 de mayo, en cuyo día los anarquistas anunciaron que si los sindicalistas no les acompañaban, declararían la huelga el 31 de dicho mes por su cuenta. El 30 la policía verificó un allanamiento en el local donde tenían lugar las negociaciones e hizo 180 arrestos. Los anarquistas fueron a la huelga el 31; después de haber perdido las mejores oportunidades; los sindicalistas deberían entrar en el movimiento el 10 de junio. Se formó un comité mixto de delegados de gremios anarquistas, sindicalistas y autónomos. Fueron tan numerosas y sugestivas las peripetias de ese comité mixto que puede decirse que en muchos años perdurará su recuerdo y hasta el nombre de los comités mixtos será borrado del vocabulario de los anarquistas de la Argentina. La F. O. R. A. dió por terminada la huelga para el día 9 de junio. Ese movimiento, que pudo haber vengado de una vez a los caídos en la Forestal, en Gualeguaychú, en la Patagonia y en Buenos Aires, fué reducido a bien poco a causa de la "acción común" con los sindicalistas. Este es otro de los resultados de los manejos del "secretariado" de la F. O. R. A. anarquista, defensor y propagador del contenido de las circulares de Sinovief. El desenvolvimiento de esta huelga puede verse en el informe detallado del Consejo Federal de la F. O. R. A., publicado en el número extraordinario de *La Organización Obrera*, mayo de 1922, Buenos Aires, 128 páginas.

Las colonias anarquistas

(De *Les Temps Nouveaux*, París 1911)

Recientemente tuve la buena suerte de asistir a la representación de *La Clairière*, por Lucien Descaves y Maurice Donnay. He experimentado una gran alegría. Desde hace muchos años no había sentido semejante satisfacción en el teatro, y esta vez, era menos la pieza que el público lo que me hacía dichoso. Evidentemente los espectadores, y no sólo los del paraíso, sino los de la sala entera, estaban conmovidos en el fondo de su corazón. Todos miraban con simpatía hacia "el claro" anarquista, tan diferente, al menos en sueños, de sus viviendas infectas o de su caja insípida; todos alaban su ideal hacia una sociedad mejor, y además, cuanto más elevadas y orgullosas eran las palabras que oían, mejor parecían comprenderlas. En este período de "desarraigados" y de su antigua moral. Por algunas horas, esos burgueses, esos repuestos, esos medrosos desnudaban al viejo hombre.

No quiero hacer la crítica de la pieza; no quiero señalar los méritos o las imperfecciones; varios camaradas lo han hecho ya con mucha sagacidad y simpatía por los autores. No experimento ninguna necesidad de analizar sutilmente mis placeres; lo que me interesa, es el asunto mismo que nos ha conmovido profundamente. Ese claro del cual hemos visto desaparecer el milagro, ¿lo veremos reaparecer más duradero otra vez? En medio de esta sociedad mala, tan curiosamente incoherente, ¿llegaremos a agrupar los buenos en microcosmos distintos, constituyéndose en falanges armónicas, como pedía Fourier, sabiendo hacer coincidir la satisfacción de todos sus pequeños intereses propios con el interés común, y rimar sus pasiones en un conjunto a la vez poderoso y pacífico, sin que nadie de la comunidad tenga que sufrir por ello? En una palabra, ¿los anarquistas se crearán Icarías fuera del mundo burgués?

Yo no lo pienso ni lo deseo. Sin duda nuestros enemigos nos aconsejan de buena gana que huyamos de la sociedad burguesa y que pongamos un océano entre ellos y nosotros. Nos estimulan a hacer nuevas experiencias en el país de Utopía, con la doble esperanza de desbarazarse de nosotros y de exponernos al ridículo de nuevos fracasos. Hasta se hizo bastante seriamente la proposición de embarcar a todos los anarquistas declarados hacia una isla cualquiera del océano que se les regulará a condición, por lo demás, de que no intentaran nunca salir de ella y que se acomodaran a la vista de un barco de guerra dirigiendo la boca de sus cañones hacia su campamento. ¡Muchas gracias, benevolentes concludados! Aceptamos vuestra isla, pero a

to de gentes que durante toda su vida no han hecho más que conspirar para ocupar los puestos de responsabilidad de la F. O. R. A. y de la redacción de LA PROTESTA. La fusión de las dos entidades obreras de la Argentina, una anarquista y otra sindicalista reformista, no era más que un pretexto para alucinar por un instante a las masas obreras y tomar por asalto el Consejo Federal de la F. O. R. A. y la redacción de LA PROTESTA. La solidez del movimiento anarquista puso una barrera a esos planes.

LA PROTESTA había sido, lo mismo que la F. O. R. A., incubadora de personalidades que volaban la espalda al movimiento en cuanto se les presentaban mejores ofertas en otros terrenos. De esos saltimbanquis son ejemplares los puestos al margen de la F. O. R. A. por la reunión de delegados del 20 de agosto de 1921. El trampolín que ofreció tanto tiempo el movimiento anarquista para los aspirantes a la popularidad o a los puestos bien retribuidos de las reparticiones estatales, ha desaparecido después de esa actitud enérgica.

D. Abad de Santillana

condición de ir a ella cuando nos plazca y cuando no, de quedar en el mundo civilizado, y evitando vuestras persecuciones lo mejor posible, continuar nuestra propaganda en vuestros talleres, en vuestras fábricas, en vuestros dominios, en vuestros cuarteles y en vuestras escuelas; proseguiremos nuestra obra donde nuestro campo de acción es más vasto, en las grandes ciudades y en los campos populares.

Pero aunque no pensemos retirarnos del mundo para fundar una nueva Ciudad del Sol, habitada solamente por elegidos, es cierto que durante el curso de nuestra lucha secular contra los opresores de toda categoría, tendremos algunas veces ocasión de agruparnos temporalmente de acuerdo al modo nuevo de respeto mutuo y de completa igualdad. Las peripecias mismas de la lucha nos agrarán a menudo por la fuerza, y en ese caso, es imposible que nuestras sociedades no se constituyan conforme a nuestro ideal común.

Puedo citar como ejemplo la "comuna de Montreuil" y algunas otras experiencias que son de naturaleza como para estimularnos poderosamente. Lo imprevisto no puede dejar de ayudarnos para las ocasiones nuevas, y gracias a la fuerza colectiva creciente que nos darán el número, la iniciativa, la presencia de ánimo, la clara comprensión de las cosas, gracias también a la penetración gradual de nuestras ideas lógicas en el mundo enemigo, veremos realizarse más y más frecuentemente obras de toda naturaleza, escuelas, sociedades, trabajos en común que nos acercarán al ideal soñado. Habría que ser ciego par no ver el trabajo subterráneo que se realiza en el sentido libertario en cada familia, en cada grupo de individuos, legal o espontáneo.

Por lo demás reconocemos de buena gana que hasta ahora casi todas las tentativas formales hechas en vista de fundar colonias anarquistas en Francia, en Rusia, en los Estados Unidos, en Méjico, en el Brasil, han culminado en el fracaso como la *Clairière* de los señores Descaves y Donnay. ¿Podía ser de otro modo cuando instituciones del exterior, — unión y paternidad legales, subordinación de la mujer, propiedad individual, compras y ventas, empleo del dinero, habían penetrado en la colonia como malas semillas en un campo de trigo? Sostenidas por el entusiasmo de algunos, por la belleza misma de la idea directriz, esas empresas han podido durar algún tiempo a pesar del veneno que las carcomía; pero a la larga, los elementos de disgregación debían hacer su obra y el todo se derrumbó por su propio peso, aun cuando no se ejerciera desde fuera ninguna violencia destructora.

Aunque nuestros dos escritores no hubiesen introducido en la *Clairière* los desorganizadores, el borracho, el ladrón, el perezoso, el escéptico, el mercader, el de-

nunciante, aunque éstos no hubieran estado en el número de los societarios, o por eso hubiese yo previsto menos la ruina de la colonia después de un período más o menos largo de decadencia y de languidez. Es que no se aísla uno impunemente: el árbol que se ha transplantado y que se coloca bajo vidrio, corre riesgo de no tener más savia y el ser humano es mucho más sensible que la planta. El cerco trazado a su alrededor por los límites de la colonia no puede menos que serle mortal. Se habituó a su estrecho medio, y, de ciudadano del mundo que era, se empequeñece gradualmente hasta las simples dimensiones de un proletario; las preocupaciones del negocio colectivo que administra reducen su horizonte: a la larga se convierte en un banal ganador de dinero. En la época en que los revolucionarios mismos se encontraban encerrados en el seno de la iglesia católica, se vio frecuentemente a monjes rebeldes contra el mundo de los opresores salir de él con esplendor para entregarse al trabajo y participar fraternalmente en la miseria del pueblo; pero es una regla general y absoluta que los monasterios fundados por esos fanáticos de justicia y de verdad no conservaron nunca su celo del principio y acabaron siempre por no abrigar más que parásitos como los demás claustros.

Por tanto no hay que encerrarnos a ningún precio, es preciso quedar en el vasto mundo para recibir en él todos los impulsos, para tomar parte en todas las vicisitudes y recibir en él todas las enseñanzas. Retirarnos con algunos amigos a algún campo, para pasearnos allí y hablar de las cosas eternas a la manera de los discípulos de Aristóteles, sería en realidad abandonar la lucha y, como lo dice Lucrecio, dejar perder las razones mismas de la vida por una apariencia de vida. Nuestros amigos de la Joven Icaria, en los Estados Unidos del oeste, parecen haberlo comprendido bien. Herederos de las tradiciones comunistas de la antigua Icaria, esos camaradas han aprendido felizmente que las celosas reglamentaciones de otros tiempos y toda la anterior logomaquia de leyes y de estatutos no sirven más que para crear enemistades y rebellones, y, convertidos al anarquismo, "hacen lo que quieren", es decir, trabajan en buena fraternidad para el bien común, que es al mismo tiempo su ventaja personal. Pero su campo, por suave y bueno que sea para los ancianos fatigados de las luchas de la vida, amantes del reposo, parece un lugar demasiado tranquilo para los jóvenes ardientes, a quienes falta la práctica de las cosas, la ruda experiencia del destino, los conflictos que forman el carácter y que permiten conocer a los hombres. Se van alegremente a "comer un poco de vaca rabiosa", felices después de todo de saber que si la miseria les persigue demasiado, podrán volver con sus viejos amigos, a respirar el aire puro, a comer hasta hartarse y a escuchar dulces palabras de ternura.

En realidad, aquellos de nuestros camaradas seducidos por la idea de retirarse del mundo en algún paraíso cerrado, sufren siempre de la ilusión de que los anarquistas constituyen un "partido" al margen de la sociedad. No es así. Nosotros ponemos nuestra alegría, nuestra pasión en practicar lo que nos parece igualitario y justo, no sólo con respecto a nuestros camaradas, sino también con respecto a todos los hombres. La humanidad es más grande que la anarquía en su ideal más elevado. ¡Cuántas cosas ignoradas aún nos serán reveladas por el estudio más profundo de la naturaleza, por el ímpetu solidario hacia todos los otros hombres, hacia todos los lesionados que han sufrido, como nosotros, la influencia del medio incoherente que queremos restaurar bajo su forma armónica! En nuestro plan de existencia y de lucha, no es la pequeña capilla de compañeros que nos interesa, es el mundo entero. Nuestra ambición es conquistar para la verdad la tierra entera, con los amigos y los enemigos, aun con aquellos a quienes una educación funesta, a quienes todo el atavismo de las castas y el virus de las iglesias han atrallado contra la verdad como animales de presa.

ELISEO RECLUS

Las Artes plásticas en el extranjero LA ESTAMPA JAPONESA: HOKOUSAI

Hacia el año 1675, a ejemplo de los artistas chinos, los japoneses empezaron a reproducir los dibujos de sus maestros, grabando las planchas en madera. Y ellos mismos se asombraron del carácter decorativo que adquirían esos diseños estampados. Era por esa época que en el Japón la pintura, la escultura, la cerámica y los trabajos en metales alcanzaron un alto grado de perfección. Así los grabadores japoneses pudieron inspirarse, para trabajar sus bloques, en las leyes precisas de un estilo, ya cuajado. En su origen el grabado en madera fue empleado para reproducir las imágenes de Buda, exvotos que los peregrinos suspendían en los templos. Era la escuela noble. Se encerraba en las convenciones estrictas de la interpretación de leyendas poéticas y pintaba héroes y personajes de calidad. Pero pronto sobrevino la escuela vulgar, *l'oukiyô*, o la pintura de la vida efímera, que excogía sus modelos en el pueblo, describiendo con amor sus trabajos y sus placeres. Los más grandes maestros del Japón y del mundo surgieron en esa escuela.

Con Moconobou, el estilo de la escuela vulgar es incomparable de fuerza y de amplitud. He ahí los actores furiosos, de la mímica horripilante, una pareja en una callejuela, una vendedora de flores. He ahí el barrio pintoresco de las cortesanas.

Poco a poco ese estilo se inclina hacia la gracia. La gracia y el amaneramiento empiezan a la mitad del siglo XVIII, coincidiendo con la decadencia de

gorosos entre los dibujantes de la estampa japonesa. Desde joven hizo parte de una compañía de mimos y de danzas, la que se hospedaba en el palacio del príncipe Awa, pero dejaba bien pronto para pintar retratos de actores. Los mimos del príncipe Nô no eran muy indulgentes con los cómicos vulgares, y Sharaku les pagaba en la misma moneda no favoreciéndolos en sus retratos.

Al principio aquéllos soportaban de buen grado las imágenes caricaturales y singularmente agudas de trazos, pero bien pronto les parecieron injuriosas y se enojaron. El público tomó parte en el asunto, defendió a las víctimas y Sharaku tuvo que dejar de pintar, desapareciendo poco después. De todos modos, no es menos cierto que los retratos de los actores que este pintor dibujó, son las efímeras más poderosas que se conozca por esa época.

En 1780, en la flor de su edad, apareció Utamaro, quien había nacido en 1753. Este artista amaba la mujer con pasión y empleó sus mejores talentos para pintarla en toda su belleza y en su encantadora gracia. Los demás elementos de su obra pictórica en la estampa: paisajes, escenas de calles, representación de los actores o de los animales, no parecen en él más que un solaz para amenazar sus momentos de tedio. Edmundo Goncourt le dedicó un libro admirable, llamándolo "pintor de las casas verdes". El voluptuoso Utamaro se interesa más por la vida patética de las cortesanas de ese país — las que en nada se parecen a las nuestras — que la mayoría de sus colegas.

go es el más formidable dibujante del mundo. Su labor ha sido tan inmensa que no se puede calcular el número de dibujos que salieron de su pincel.

Es ilustrando libros donde se encuentra la huella más genuina de su genio. Intimo amigo del novelista Bakin, que compuso una verdadera enciclopedia de la vida y de las leyendas japonesas, Hokusai pudo dar completa libertad al torrente de su verba. Y para comprender



HOKOUSAI — "Apuntes"

esa verba, no es necesario leer el nombre de los héroes, ni su historia; los dibujos hablan con una elocuencia mayor que todos esos detalles elementales.

De todos modos, para saber la plenitud a que alcanzó su genio, hay que hojear Mangoua, que son trece álbumes en los que el maestro reunió millares de croquis substraídos al natural. Ahí no existen búsquedas decorativas, no se hallará la menor huella de afectación, el menor síntoma de amaneramiento, ni pizca de gracia postiza; es simplemente la vida, la vida brutal, la muchedumbre que gruñe, que ríe, que canta, se emborracha, sufre y gestícula, haciendo los más extraordinarios visajes y las más horribles muecas. Y



HOKOUSAI — "Golosinas para año nuevo"

la pintura en Francia e Italia. Pero el período primitivo de la estampa japonesa terminó definitivamente.

La escuela vulgar cuenta todavía con algunos grandes maestros: Harunobou, que vivió a mediados de ese siglo diez y ocho. Durante toda su vida, que fue larga, no cesó de crear las más delicadas e ingeniosas obras maestras. Sobre trozos de hojas de papel cuadradas y de dimensiones reducidas, se complació en trazar la vida de la mujer, de la mujer en un interior, en su tocador, jugando con sus niños, o paseándose con su enamorado, o luchando gentilmente contra la nieve, la lluvia, el viento que la modelaba bruscamente un cuerpo grácil y ondulado entre el revuelo armonioso de los vestidos: escenas amables, de una gracia inimitable.

Entre los pintores del actor, se halla Sharaku, cuya historia no carece de cierto humor. Es quizás uno de los más vi-

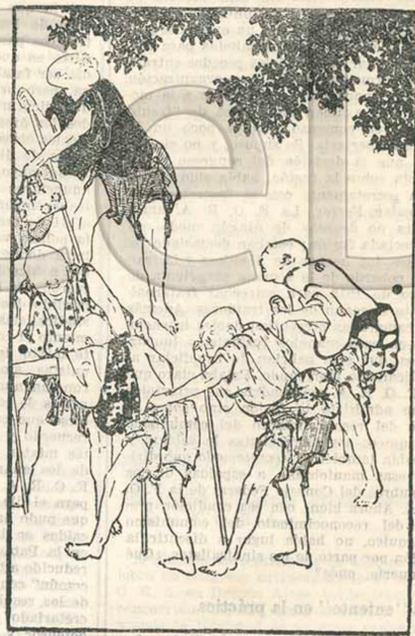
do más característico de este pintor es la sensibilidad que introdujo por la primera vez en la estampa, denotando la nobleza espiritual de su inspiración. Utamaro exhibió la mujer en todos sus aspectos: en sus impulsos de pasión femenina, en las complicaciones de su coquetería, en la maternidad cuando amamanta y juega con sus hijos; después, bruscamente, se suceden escenas de erotismo en las que el artista exorna la fantasía de la imaginación más experta y diétil.

Pasemos ahora a Hokusai, que quiere decir *estudio situado al norte*. ¡Ah! perdón, en las postrimerías de su vida vuelve a cambiar de nombre por *Man Rojin*, que se traduce "anciano de diez mil años", y, todavía, "el anciano loco por el dibujo".

Hokusai, a pesar de tdo, no fué favorecido por la fortuna ni se le consideró en el Japón como un maestro. Sin embar-

tado ese tumulto de pasiones interpretado y magnificado por uno de los más grandes genios pictóricos de la escuela oriental!

Dotado de una imaginación inagotable, la naturaleza le ofreció los temas variados que su abundante verba iba desarrollando con un poderío inigualado. En las treinta y seis vistas del Fuji Yama, (la cima de la montaña sagrada) se nos aparece siempre cada una en una nueva decoración. Es que no hay nada más conmovedor que los paisajes pintados por los japoneses y los chinos. Esos pueblos son budistas. Detrás de la esencia del universo, ellos ven esa misma esencia, que es la suya. De esto resulta una familiaridad tan confiada con las cosas, que ninguna creencia religiosa pudo poseerla en mayor grado. Mucho antes del impresionismo, el paisaje para el occidente de Europa fué algo inerte, sin vida. En-



HOKOUSAI — "Los ciegos"

Lo que fué Cronstadt en la revolución rusa



HOKOUSAI — "Apuntes"

tre esos pueblos y entre esos artistas, en cambio, la interpretación plástica de la naturaleza, lejos de ser un frío proceso verbal, se halla impregnada de un espíritu de caridad que abarca, encierra y se extiende a la totalidad de los seres.

Las ilustraciones que aquí se publican, forman parte de los millares de croquis de los álbumes de Mangoua.

M. G.

Un libro es como un espejo que pasáramos por una carretera. Tan pronto reflejará al azul del firmamento como al barro del camino. ¿Por qué acousar de inmorales al hombre poseedor del libro? Si su espejo refleja el barro, ¿por qué acousar de subversivos al espejo? ¡Acusad mejor al camino, o al inspector del camino que deja que el agua se encharque y forme barro. — STENDHAL

DEDICATORIA

A los marineros de Cronstadt, a aquellos cuya sangre fué derramada en la revolución de 1905 ante el altar de la lucha por la emancipación completa de los trabajadores del yugo del capital y de la autoridad.



EN UN CAFE DE MI BARRIO

Flota el humo tan denso que el aire aquí es como algo, ¿cómo qué?; ya no es aire, sólo es un bloque turbio para ser masticado

Hay canciones de copas y rezongos de platos; y más que ellos chirrían interjecciones duras y adjetivos que dejan como sucios los labios.

Aquí juegan al truco cuatro hombres torvos; con filudas manos acarician los naipes uno al otro chupándose los roñosos centavos.

Allá, en un grupo, seres al parecer humanos, discuten de carreras hirviendo de entusiasmo: Son canflineros y otras varias clases, aun no clasificadas, de parásitos. Entre ellos, que se ahitan de café, vino y liciores raros, una ramera pobre, una chirruza, come leche con pan, sin escucharlos.

Son las dos menos diez, los minutereros forman las cejas de una cara con el ceño enojado... (El reloj, yo me digo, mira todo esto como reprochándolo).

Y aquí, frente a estos bultos que espantan palabrotas, frente a esos rostros pálidos, de jóvenes decrepitos y repulsos ancianos, en los que brilla un sucio de pupilas y un parpadear nervioso de cigarras; yo he creído a la vida triste, triste, muy triste y sin razón... ¡Me sentí amargo!

Y mi amargura estuvo por hacerse desprecio. ¡Sentir esto monstruoso: desprecio a un ser humano!

Me eché a la calle sólo para huírme; y allá me dije, en tanto se me entraba la brisa pura hasta la conciencia: ¡No debo despreciarlos! ¡No debo despreciarlos! ¡Yo sé que soy hermano de estos hombres que me inspiran tanto asco!

Alvaro Junque

que perecieron en el camino hacia el mundo futuro y sublime — la anarquía. El autor.

De los comienzos de la revolución, a las jornadas de julio.—

Las jornadas de febrero fueron muy tempestuosas en Cronstadt. Los cronstadtenses se vengaron de sus verdugos por las represalias crueles que siguieron a la revolución frustrada de 1905. Regularon también las cuentas de los que fusilaron por centenares y ahogaron en el fuerte de "Totleben" por la tentativa de insurrección de 1910...

El régimen instaurado en Cronstadt después de las represalias horribles de 1910 se volvía más y más feroz. El famoso almirante Wiren era en esa época amo absoluto de la fortaleza. Los marineros y los soldados eran enviados por centenares a las compañías disciplinarias establecidas en construcciones flotantes donde se les trataba con crueldad y donde la fustigación era habitual. Un espionaje monstruoso fué organizado y todos los hilos convergían a la oficina del almirante Wiren. Los "verdugos de Wiren", como se llamaba a los espías, se introdujeron por todas partes: en los regimientos, batallones y compañías, en las baterías, en todos los navíos y en los talleres del puerto.

Cronstadt gemía bajo el yugo de Wiren. Cuando el almirante pasaba rápidamente a través de la ciudad sentado en el coche elegante, ¡ay! del pobre diablo de marinero que advirtieran sus ojos: el amo hallaba siempre tiempo para examinarlo de pies a cabeza, "fantearlo" y buscarle alguna falta: ya fuera el saludo militar mal hecho, ya un botón mal abotonado, o bien el kepi puesto sin tener en cuenta el reglamento; a veces el almirante ordenaba al desdichado desabotonarse el pantalón de inmediato y su cólera era grande si no estaba marcado en él el nombre del soldado. Era una dicha — contaban los marineros, — que se limitase a enviar al delincuente por unos días al cuerpo de guardia; porque lo más frecuente era que lo abrumasen a golpes y sólo después de hacer eso le ordenaba ir "a presentarse al jefe".

Citemos un caso significativo. La ciudad de Cronstadt está rodeada — se dice que desde los tiempos de Pedro el Grande — de una muralla que va de norte a oeste y que antiguamente estaba destinada a fines de defensa. En el norte, cuarteles gigantescos construidos con ladrillos rojos se levantan a lo largo de la muralla y de la ciudad. Pero en la vertiente del este, estos cuarteles desaparecen y son reemplazados por el "nido de las avispas": el inmueble del estado mayor de la fortaleza, el de la administración de las tropas de técnicos, al palacio del comandante con un parque lujoso, las casas destinadas a las habitaciones y a los círculos de los oficiales. Toda esa pequeña "ciudad del comando" fué rodeada después de la revuelta de 1905 por un sólido cerco de madera provisto de una puerta cochera de hierro y de una altura hasta el segundo piso de los edificios de piedra que rodea. El cerco estaba severamente vigilado. Así, el acceso de la muralla y del borde del mar se prohibió "a los grados inferiores". Un día, la silueta de un marinero — lo que se podía ver bien por el turbante flotante de su kepi — apareció en la muralla. El pobre diablo, después de haber visitado su país al servicio de los "señores oficiales" de la administración de las tropas de técnicos, decidió con esa desprecupación y ese valor propio a los marineros, arriesgarse a escalar la muralla. En el mismo instante, un oficial, un espía de Wiren se lanzó en su persecución. Siendo imposible toda retirada, el muchacho gritó: "¡No me tendréis vivo!" y se precipitó al mar. Tal era el horror inspirado por los canallas de Wiren.

Este último se había identificado de tal modo con la misión de vigilante en relación a la conducta de los marinos, que instaló en las ventanas de su departamento una cantidad de espejos con ayuda de los cuales vigilaba a los soldados en las calles. (Su casa estaba situada justamente en un barrio donde los marineros pasaban en gran número). Wiren humeaba en todas partes la rebelión. Un colegial de 15 años, conocido como mlope, no le saludó al pasar: el muchacho fué declarado "un rebelde" y excluido del colegio...

Lo que encolerizaba indeciblemente a los marineros era, entre otras cosas, la famosa placa que adornaba la entrada del jardín que corre a lo largo de la calle de los Soviet (antigua calle de Eka-therina) y que llevaba esta orden: "I. — Prohibido el acceso de perros". "II. — Está prohibida la entrada a los grados inferiores".

Cuando después de la revolución el soviet de Cronstadt ordenó quitar la placa, los marineros protestaron: — Que quede en memoria de la bajeza de los que nos gobernaban. — dijeron. Puede ser que la placa esté aún allí...

En septiembre de 1916, el almirante Wiren informó a sus superiores que el espíritu de las tropas a él confiadas, a pesar de las represiones extremas, era bien amenazador y que la masa de sus subordinados no era más que un volcán pronto a estallar y a arrojar un torrente de lava hirviente...

La tempestad estalló la noche del 28 de febrero. Y fué entonces cuando toda la cólera acumulada durante mucho tiempo hizo estragos. No menos de 180 oficiales pagaron con su vida los crímenes del antiguo régimen de sangre. Los marineros y soldados hicieron irrupción en los departamentos de sus jefes; los arrastraron fuera y los fusilaron al borde de un hueco. Todos los ruegos quedaron sin efecto. Los participantes en la revuelta se recordaban después de sus víctimas, que se arrastraban en su mayoría llorando y pidiendo gracia, con un sentimiento de desprecio. Pero en cuanto a su enemigo principal y el más cruel, el almirante Wiren mismo, hablaban de él siempre con respeto, aún con una especie de veneración, porque supo morir intrépidamente, como un héroe. Fué aprehendido en su casa y se le llevó a la plaza del Anco- ra. Se le declaró que debía pagar en el momento todas sus crueldades. Dijo: "Te vivido y he trabajado fiel y lealmente por mi zar y por mi patria. Estoy dispuesto". Se le dio orden de volver la cara hacia el monumento del almirante Ma- karof. No consintió, declarando que podía morir con los ojos abiertos. Fué así, de frente a sus enemigos, como le encontró la muerte. Tal fué la narración que me hicieron los participantes en la revuelta.

Pero en medio de toda esa batahola, de ese caos y de esa sangre, la masa manifiestó igualmente sentimientos de ternura, y eso no sólo respecto a los oficiales a quien amaba, sino a aquellos que generalmente no se habían distinguido por excesos de crueldad. Durante largas horas los marineros buscaron sus oficiales caídos accidentalmente en manos de hombres de otra unidad militar cualquiera; exigían la liberación, salían garantes por ellos, y los llevaban luego a un lugar seguro, en el navío o en los cuarteles. Los dos hijos de Wiren, dos jóvenes oficiales, fueron igualmente dejados con vida. Los marineros les dejaron en libertad diciéndoles: — A pesar de que seáis retoños de la misma raza, sois jóvenes aún; veamos lo que podéis llegar a ser... Con frecuencia los marineros daban sus ropas a los oficiales que sin ser espías y perros fieles de Wiren habían cometido, sin embargo, brutalidades y crueldades por las cuales no merecían ninguna consideración. Esos eran solamente arrestados...

Fuó el Comité de seguridad pública el que se declaró autoridad local. Los socialistas revolucionarios formaban la mayoría; los social-demócratas menchevistas presentaban igualmente una fuerza imponente; los bolchevistas no eran más que una fracción insignificante. Los anarquistas sindicalistas no tenían allí ningún representante.

A pesar de sus tendencias moderadas, ese soviet, impulsado por las masas revolucionarias, entró desde el comienzo en conflicto con el gobierno provisional (de Petrogrado), rehusando aceptar un comisario designado por ese último. El soviet declaró que un comisario sería superfluo para Cronstadt. El gobierno amenazó con privar a Cronstadt de víveres y de dinero. En espera de ello, el presidente del Comité Ejecutivo del soviet de Petrogrado, Tehéldz y el ministro Skobéleff, llegaron a Cronstadt a fin de tratar de arreglar el conflicto. Consideraron que el Comité Ejecutivo de Cronstadt aceptase un compromiso: el gobierno nombraría un comisario, pero éste debería ser reválida do por el soviet local.

La línea vacilante de conducta del soviet creó una desconfianza general. Las masas iniciaron una campaña para la reelección de sus miembros.

Entre tanto, un nuevo conflicto nació entre el soviet y las masas. Cronstadt rehusó entregar a Petrogrado, para ser juzgados allí, los oficiales arrestados en las jornadas de febrero. En gobierno insistió. El soviet acabó por prometer que ejecutaría la demanda. Pero los marineros, habiendo sabido la decisión del soviet, marcharon en destacamentos hacia el lugar de detención de los oficiales y amenazaron, en caso de una tentativa de llevarlos, fusilarlos a todos. Los marineros apreciaban en su verdadero valor a esos representantes de la élite del antiguo régimen. Sabían que muchos de ellos tenían las manos cubiertas de sangre de marineros y de soldados fusilados desde 1905. Estaban seguros de que todos esos señores serían puestos en libertad en Petro- grado y se dedicarían a la obra de la organización de las fuerzas contrarrevolu- cionarias. Por eso consideraban insostenible la entrega. Sin embargo, la prensa burguesa espacaría profusamente leyendas sobre los "horrores" en las prisiones de Cronstadt. Para demostrar la falsedad de los rumores, los cronstadtenses pidieron una información oficial. Para ese efecto se formó una comisión gubernamental. Recorrió todas las prisiones, examinó las condiciones de detención de los presos, controló la cantidad y la calidad de los alimentos y se vió obligada a hacer desmentir oficialmente las calumnias de la prensa burguesa. Al mismo tiempo, comenzaron los mítines en Cronstadt a discutir la liberación de todos los deteni- dos, a condición de que no salieran de la ciudad. A pesar de eso, la campaña camuflada continuó más y mejor. Los ru- mores falsos, las leyendas estípidas no se detenían. Todos los días los periódicos burgueses publicaban "correspondencias de Cronstadt" fantásticas, con títulos sensacionales: "Cronstadt se ha separado de Rusia y se declaró república independiente", "Cronstadt hace imprimir su propio papel moneda; he aquí los modelos!", "Cronstadt se prepara a las negociaciones de paz con el enemigo de la patria!", "Cronstadt en vísperas de una paz por separado con los alemanes", etc.

Noticias milagrosas fabricadas en la cocina burguesa caían reclamente, sin lazo de continuidad. Los social-demócratas menchevistas y los social-revolucionarios acabaron por hacer coro con la burguesía. El gobierno, que interpretaba la voluntad de la "democracia", asumió una actitud belicosa con respecto a Cronstadt. Respondió a la agitación de los marineros con un ultimátum "terrible": los oficiales deberán ser entregados a Petrogrado inmediatamente, en el plazo de 24 horas; de lo contrario, Cronstadt será declarada en estado de sitio y se emprenderá una acción militar contra la ciudad. Eso encolerizó tanto a los cronstadtenses que en respuesta al ultimátum del gobierno, algunos navíos comenzaron a prepararse para la batalla.

En cuanto se recibió el ultimátum se organizó un mítin monstruo a toda prisa. El gran local de la marina — lugar habitual para esos mítines populares — se llenó por completo. Las ventanas, los salientes, los techos mismos todo estaba cubierto de gente grandemente agitada. A través de las grandes puertas abiertas penetraba el rumor de la calle en la sala; a pesar del mal tiempo y de la lluvia, una multitud enorme que había quedado fuera se agitada, escuchando ávidamente, comunicándose vivamente cada noticia sobre los debates en el interior del local. El mítin duró desde las 7 de la tarde a las 4 de la madrugada, en una atmósfera de tensión extrema. Es que la gran cuestión de la actitud general a tomar con respecto al gobierno fué planteada. Al fin la opinión de las masas se diseñó claramente: vista la situación actual, dado que la gran mayoría de las masas labo- riosas del país no están al corriente de las razones que impulsan a los cron- stadtenses a la oposición contra el go- bierno ni de sus aspiraciones generales que resultan de sus ideas sobre los fines de la revolución, — era preciso evitar una colisión armada.

Se aprobó una resolución que expresa- ba la opinión de las masas asistentes de entregar los oficiales, pero formulando al mismo tiempo el punto de vista sobre los acontecimientos en curso y su actitud ante el gobierno provisional

La resolución fué enviada a quien compe- tencia y publicada en la prensa.

Algún tiempo después tuvo lugar la reelección del soviet.

Los social-revolucionarios y los menchevistas disminuyeron en número en ese segundo soviet. Fueron los bolchevistas, los anarquistas sindicalistas comunistas (1) y los maximalistas los que se fortifi- cieron y formaron sus fracciones. La fracción de los sin partido era también bastante imponente. La mayoría de aque- llos que la formaban tenían, claro está, opiniones políticas atrasadas; pero oficial- mente no querían adherirse a ninguna corriente existente, pues los unos soñaban con el frente único de todos los revolu- cionarios, y los otros evitaban, como de- cían, "colgarse demasiado precipitadam- te una etiqueta de partido" que siempre "restringe la libertad".

Aun reflejando las tendencias así como el grado de conciencia de los cronstadt- enses, las luchas fraccionales en el so- viet no tenían ninguna significación en comparación con la actividad y el trabajo inmensos que tenían lugar en el seno de las masas: en los navíos, en los cuar- teles, en los talleres y en la plaza del Anco- ra (plaza abierta situada en el centro de Cronstadt, que podía contener hasta 30.000 hombres y que servía antes de la revolución para la enseñanza de los mari- nos y los soldados y después para mít- nes). Fué allí donde los partidarios de las diversas corrientes de ideas luchaban en- tre sí sin cuartel, tratando cada cual de demostrar la exactitud de su concep- ción. La masa vivía así una vida intensa.

El problema primordial de ese época era el de la guerra. Los marineros lo encaraban con una conciencia notable. Por lo demás era natu- ral: todos sabían leer y escribir, pues la instrucción primaria había sido hecha obligatoria para el servicio de la flota; en fin, el mar con sus peligros constantes, con su vida tempestuosa, obligaba a los marineros a mirar la muerte cara a cara, desarrollando en ellos un fuerte senti- miento de camaradería, de fraternidad. Es por eso que las disputas tenidas entre los partidarios de los diversos grupos, aun siendo agitados, tenían siempre un carácter amistoso, pues los adversarios se estimaban y se querían también, escuchando a unos y a otros con la más gran- de atención, pesando mutuamente toda la argumentación presentada y formán- dose así una noción amplia y clara del objeto de la discusión.

La opinión de la gran mayoría de las masas que se expresaba en el curso de los mítines, era clara: que los campesinos se apoderen de inmediato de las tier- ras y los obreros de las fábricas y los talleres; si, después de eso, la potencia de la revolución no pone el fuego revolu- cionario en las filas del proletariado de los demás países occidentales; si, a pesar de todo, los obreros de otros países con- tinúan obedeciendo a sus gobernantes, ha- cerles la guerra y ejecutar movimientos ofensivos; entonces "todos iremos al frente, como un solo hombre, para defender la revolución". Había también partidarios de un abandono inmediato del frente. To- das las opiniones hacían coro a la consi- gna esencial: "¡Abajo la guerra!"

En esa época la organización de los anarco-sindicalistas comunistas, que desa- rrollaban una propaganda muy activa, halló grandes simpatías en las masas.

E. YARTCHUK

(1) Existía entonces en Cronstadt una organización que se llamaba Grupo de anarco-sindicalistas comunistas.



Los caballeros de la cruz de hierro

El primer congreso de los soviets ce- lebrado en Petrogrado tocaba a su fin. La actitud del congreso provocó un des- contento profundo entre las masas. Los bolchevistas decidieron aprovecharlo y apelaron a los obreros para una demostra- ción armada el 10 de junio, pero se re- tificaron ellos mismos unos días después. Sin embargo las masas excitadas no se calmaban.

A fin de ofrecer una cierta salida al descontento, el comité ejecutivo de los soviets fijó a su vez una demostración para el 18 de junio con la consigna: unión de las fuerzas revolucionarias bajo la bandera del comité ejecutivo central de los soviets. Sólo algunas decenas de hom- bres salieron de Cronstadt para tomar parte en la demostración — "con fines in- formativos", se dijo en tono de burla.

Pero el descontento de la política del gobierno de coalición así como la línea de conducta del comité ejecutivo de los soviets iba en crescendo. La nueva ofen- siva en el frente sureste, declarada por el gobierno de Kerenski para el 18 de junio, llevó al colmo la cólera y cambió por completo las cosas en Cronstadt. El partido socialista revolucionario perdió todo crédito y desapareció de la superfi- cie en el espacio de dos o tres semanas. Los delegados del partido fueron retra- dos del soviet de Cronstadt por sus elec- tores. Cada vez que los oradores socialis- tas revolucionarios aparecían en la tri- buna de los mítines, se levantaba una ba- tahola increíble: un verdadero huracán de gritos y de silbidos recorrió la plaza del Anco- ra. Los esfuerzos desesperados de las izquierdas para asegurar las pala- bra a los representantes del partido, fue- ron vanos. El ala izquierda que se había formado en el seno del partido socialista revolucionario, vista la actitud evasiva de este último, no tenía tampoco rín- gula influencia: se le confundía con la de- recha. Cuando en cierta ocasión los re- presentantes de la corriente de izquierda del partido — B. Kamkoff, María Spiridono- va y otros — llegaron por esa época a Cronstadt para tomar parte en un mítin popular, los esfuerzos desplegados por el presidente del mítin, un anarquista sin- dicalista, a fin de que se oyese esos ora- dores, se estrellaron en la impotencia.

Los social-demócratas partidarios de la guerra hasta el fin no podían hablar ya en ningún mítin. Más aún: las cuestiones más vivamente discutidas en Cronstadt en esa época eran: 1) Nuestra revolu- ción, ¿es burguesa o social? y 2) ¿Nos ha- ce falta la Asamblea Constituyente o bien los soviets de los delegados obreros, cam- pesinos y soldados? Esas discusiones hi- cieron que la influencia de los socialde- mócratas internacionalistas cayese igual- mente. Tenían hasta entonces, sin embar- go, un cierto peso, porque, contrariamente a la actitud de los guerrilleros socialde- mócratas, perseguían la política de la paz y no la de la ofensiva de nuestro ejército.

Sucedía a veces que haciéndonos descu- brir una relación insospechada entre dos órdenes de fenómenos o simplemente al indicarnos un solo hecho nuevo, se nos conmueve como si esa revelación debiese modificar nuestra vida. Juicios pronun- ciados no ha mucho, mil experiencias que hemos hecho se presentan tumultuosam- ente a nuestro espíritu. Presentimos que un orden nuevo va a organizarse en nuestro pensamiento y que en lo sucesi- vo no consideraremos ya las cosas desde el mismo punto de vista. Y bien, no son esos hechos conmovedores los que se cuenta al escolar; o más bien, cuando se le enseña algún hecho que para él po- dría ser rico en consecuencias, se pasa demasiado pronto al "asunto" siguiente para que experimente el quebrantamien- to necesario de que hablo. Se le priva de la bruta visión donde se le aparecía un poco de la maravillosa belleza del mundo. La verdad nueva que se le enseña no penetra hasta su corazón. Es se- mejante a las mil verdades que ha apre- dido ya y a todas las que seguirá.

En otros términos, se hace ignorar al niño lo que precede a la verdad, la lu- cha más o menos larga y más o menos penosa que el hombre sostiene contra las cosas que quiere llegar a conocer, todo lo que en esa lucha obstaculiza sus es- fuerzos y todo lo que podría ayudarle; no se le señala la decepción inevitable de la humanidad que cree haber establecido un acuerdo duradero entre sus nociones y sus experiencias renovadas sin cesar. Desde el punto de vista de la actividad humana, el escolar veía la unidad en

EFFECTOS DE LA EDUCACION MODERNA

(Conclusión)

Todo pedagogo a quien se pregunte porqué sus coetáneos difunden con tan poca discreción verdades de todo orden, responderá que al enseñar la historia, la literatura, las ciencias naturales y las matemáticas no se proponen ante todo fijar definitivamente en las memorias hechos y nombres importantes, sino que esas numerosas lecciones deben dar al espí- ritu del niño ciertas cualidades duraderas. Ahora bien, ese desdichado no ve que la cantidad inaudita de los conocimientos que el escolar debe adquirir impide absolu- tamente a este mejorar la calidad de su cerebro. Ocupado en escuchar a sus maestros y en tomar notas, el buen alum- no, en clase, interrumpe su pensamiento. En la casa, se esfuerza por aprender lo que contienen sus cuadernos y sus libros.

A este propósito es preciso decir que a despecho de todos los bellos discursos que se han hecho sobre la libertad del es- colar, muchos niños, en nuestra época, deben repetir textualmente las frases de sus manuales. Además — y esto es igual- mente significativo — muchos maestros, la mayoría "toleran" en sus alumnos esa pasividad excesiva. Cuántas veces no ob- servado escolares mascullando con la vir- tudad de un cura que dice misa, el párrafo que deberían recitar quizás unas horas más tarde. Ese farfalleo educativo que conoce sin duda la mayoría de los padres, prueba que no exagero. Pero si la escuela quisiese dar verdaderamente al niño el hábito de la reflexión, le exi- giría que dijese lo que aprendió con tér- minos diferentes — aunque fuesen al principio torcidamente pueriles, — de los que ha encontrado en su curso. Ese sería el único medio de reconocer si compren- de claramente las palabras que pronun- cia. Pero muchos pedagogos aprecian más el celo y la docilidad del alumno que su inteligencia. El pensamiento libre del niño sería el desorden.

En suma, el niño no expresa casi nunca su propio pensamiento, cuando pronun- cia una frase que ha leído en un li- bro. Al pensar en el horrible verbalismo que se exige de él, se estaría tentado a decir que la palabra es un instrumento para grandes personas. Es la riqueza de nuestra vida mental la que determina para nosotros el contenido de las pala- bras que pronunciamos y de las que oímos. Para el escolar, demasiado joven, la mayoría de las palabras que debe sa- ber pronunciar son vacías.

En resumen, la escuela no hace com- prender al niño la evolución universal; le inculca la creencia en la inmovilidad. Tales resultados, que le enseñan por lo que tienen de aislado, de inmutable, de absoluto, revisten en cierto modo un ca- rácter sagrado. No sabe que la necesidad de las cosas del presente es puramente histórica. Y de ese modo la educación que ha recibido explica el respeto estúpido y cobarde que el hombre siente por lo actual.

Cuando se ha sugerido al escolar algún fin a alcanzar, no se le deja libre de emplear en ese designio los medios primeramente groseros que perfecciona- ría poco a poco. De inmediato se le enseña un método perfeccionado que apli- cará sin comprender. No es él quien di- rige su tarea; es un instrumento que obedece ciegamente órdenes superiores. Los que lo educan reducen a cero el rol de su voluntad. A este propósito quiero notar aún el hecho que se dan a los es- colares — a las muchachas sobre todo — tantas órdenes y tantas recomendaciones que llegan a no atreverse a hacer más que lo que está estrictamente permitido.

Como he constatado muchas veces, cuando, bajo la vigilancia del maestro, los alumnos redactan una composición en clase, queriendo secar la página que acaban de escribir, levantan la mano y preguntan respetuosamente: "Señor, ¿puedo tomar un papel secante de mi pu- pitre?" Se les hace sospechosos tan fre- cuentemente de simulaciones, que los jó- venes de diez y seis años, aun en este caso extremo, no se atreven a obrar sin una autorización especial.

Durante los siete u ocho años que pa- sa en la escuela, el niño no aprende a conocerse. No se le da ocasión de gastar su actividad en direcciones variadas; no se le revelan sus propias fuerzas. Ignora también muy a menudo lo que sería capaz de hacer con facilidad y con placer; no sabe que en tal dirección haría pro- gresos rápidos y que en tal dominio en- contrará dificultades insuperables y aburrimiento; no conoce ni sus gustos ni sus aptitudes. Será capaz quizás de perorar un cuarto de hora sobre las diferentes formas de la actividad humana: pero el

día en que se pregunte: "¿Qué voy a ser?" — vacilará con indiferencia entre la profesión de médico y la de abogado, y tal o cual de sus camaradas, menos afortunado, se hará burócrata, sin saber que hubiese podido ser un ebamista muy hábil.

En una palabra, la escuela tienen sobre el niño una profunda influencia: la fati- ga física y moralmente. Lo fatiga por- que cultiva en él una facultad única: la de componer o simplemente retener las frases. Si es un buen alumno contraerá quizás para siempre el hábito de las defi- niciones y de los enunciados satisfacto- rios. Los libros, las gentes y los pueblos que conoce, como por otra parte los que no conoce, todo será el pretexto para fó- rmulas. Resumirá en algunas palabras de- finitivas todo lo que atraiga su atención. Lo hará a veces de una manera picante; pero esa habilidad no bastará para hacer de él un buen hombre. Su manía empa- ñará para él la belleza del mundo. Redu- cir las cosas y los seres a palabras, es con mucha frecuencia reducirlos a la na- da.

No habiendo vivido en contacto con la naturaleza, el escolar no sospechará ya, más tarde, la alegría que tendrá al estu- diarla. Habiendo conocido demasiado tiempo la inacción y el aburrimiento, no sabrá ya amar y obrar. Enuiciará sin es- fuerzo nobles reglas de vida, pero no ten- drá vitalidad. A los veinte años, con la inteligencia pobre y el corazón vacío, en lugar de entusiasmarse por alguna bella ilusión, demostrará por un razonamiento la vanidad de todo.

Imagino que ciertos lectores me inter- rumpirían de buena gana para decirme que exajero y que la influencia de la es- cuela no es tan pernicioso como quiero afirmar. El hecho es que, si es preciso creer en los resultados de la *Revue Blanche* (1 de junio de 1902), muchas personas, a despecho de la educación que han recibido, conservan una inteligencia notable y una rara originalidad de "spí- ritu. Pero lo que afirman muchos de los que han respondido a la encuesta en cuestión es que las innumerables lecciones recibi- das en otro tiempo han tenido sobre ellos una influencia nula.

Ah, si se considera que esas lecciones se cuentan por millares, que no han teni- do para aquellos a quienes se dirigan ni buenos ni malos efectos, se puede, sin nin- guna exageración, declarar que ese resul- tado es superficial. Si, hay escolares que no están influenciados por lo que se dice en clase; son los perezosos, los alumnos distraídos, los cancheros. Su espíritu es- tá constantemente en otra parte; y mien- tras que el maestro resuelve en el piza- rón una ecuación de segundo grado, se preguntan quizás cómo terminarán el sueño destinado a la dama de sus sue- ños. Pero si esos escolares conservan sobre la mayor parte de los asuntos del pro- grama una bienaventurada ignorancia, no es menos verdad que en la escuela se ab- ren. Durante años varias horas por día, no están ocupados más que en esperar el fin de la lección. Es difícil admitir que una tal educación pueda dejar de tener influencia sobre ellos. La escuela, cier- tamente, disminuye su alegría; les roba una parte considerable de su juventud; porque todo ese tiempo perdido durante el cual se les obliga a la inacción, ha- brían podido consagrarlo a vagabundear en la naturaleza, a maravillarse, a vivir. Y así, cuando los efectos de la educa- ción moderna parecen nulos, no por eso son menos detestables.

No es este el momento de indicar lo que podría ser una educación bienhecho- ra. Pero si se descarta esa hipótesis de que la escuela consciente de su obra se aplica a hacer respetuosos los espíritus, puede preguntarse uno en qué consiste la falta esencial de los educadores moder- nos; y es sobre este punto sobre el que quisiera volver otra vez.

El pedagogo de hoy subraya más fuer- te y más energicamente la diferencia que hay entre las gentes instruidas y las otras que la que separa los seres sanos de los enfermos, los inteligentes de los imbéciles, o también los cobardes de los valero- sos. Esa piadosa religión del saber basta- ría para explicar la mayor parte sino la totalidad de los errores de la escuela. En efecto, si los escolares de nueve o diez años no pueden consagrarse cada día dos o tres horas a juegos, a ejercicios físicos o a trabajos manuales, es que, se dirá, la tarea del maestro es larga y el tiempo es corto. Si en la escuela el niño debe, casi sin cesar, y eso durante años,

quedar sentado e inactivo con el deber constante de escuchar, es que se imagina uno que antes de todas esas cosas hay que fijar en su memoria un gran número de verdades. Por la misma razón se hace abstracción de sus gustos y de sus apti- tudes; todo el mundo debe saber que San Luis hacia justicia bajo una enci- na, que Pekín está en China y que la pa- labra agarrar se escribe con dos r. La misma razón explicaría también que los escolares, desde su octavo año, se instru- yesen en una sala monótona, bajo la di- rección de un especialista provisto de la erudición reglamentaria, más bien que vagabundear al principio largo tiempo entre los seres y las cosas en compañía de un entusiasta que no tuviera otro de- seño que hacerle amar la actividad y la vida. Y porque la dosis de ciencia fijada por los programas es juzgada indispen- sable hoy para todo hombre, y porque esa dosis es obligatoria, los maestros de- ben consagrar casi tanto tiempo a inter- rrogar a los alumnos con el solo fin de saber qué notas merecen, como a aumen- tar efectivamente su saber, como a for- tificar su inteligencia. En fin, porque en la escuela se tiene prisa, el niño pasa de ordinario de un asunto a otro, antes de haber adquirido sobre el primero ideas claras, antes de que haya podido sospe- char la belleza que hay en las cosas de que se le habla y sin comprender nunca la significación general que da a todo hecho de historia o de ciencia el destino del hombre sobre la tierra. ¡Saber! Para la mayoría de las gentes, volvímoslo a de- cir, esa palabra significa simplemente: ¡saber!

Y bien, entre las innumerables verda- des que se enseñan al niño no hay casi ninguna que pueda, por el solo hecho de que la ha retenido y sabrá, llegado el caso, enunciarla a su vez, adquirir para él un valor real. Los escolares aprenden a leer, a escribir y a efectuar algunos cál- culos simples, lo que es bueno, sin duda, desde todos los puntos de vista. Pero además, sus maestros consagran millares de horas a proveerlos de una erudición absolutamente vana. Es vana porque es superficial; es un simple barniz que el tiempo borrará pronto.

Que la escuela consienta en no instruir sus alumnos hasta el desánimo, que ponga al margen su stock formidable de em- peradores, de capitales, de equinodermos, de guerreros ilustres, de reglas gramati- cales, de leyes físicas, de grandes escritu- res, de teoremas y de sulfocarbonatos. Sólo con esa condición tendrán los es- colares tiempo para vivir, para disfrutar de su juventud, para admirar, para pre- guntar y aprender a conocer la natura- leza y la obra de los hombres.

Más bien que acrecentar desde los pri- meros años la erudición del niño, que la escuela desarrolle todo lo posible sus apti- tudes. Nuestras aptitudes son para nos- otros en cierto modo la ciencia en estado potencial. Habitando al escolar a expre- sarse con claridad y precisión, al estimu- larlo, durante años, a descubrir pequeñas diferencias y profundas analogías, al acostumbrarlo a distinguir las palabras que comprende claramente de las que no comprende apenas, al hacerle comprender en qué casos debe decir: No sé, al ejercitarlo también en reconocer lo que hay de insuficiente en ciertas argumenta- ciones; al darle el gusto, la necesidad de la actividad, al fortalecer sus músculos, al desarrollar la agilidad de sus dedos por frecuentes trabajos manuales, se au- menta de una manera definitiva su po- tencia, se embellece toda su vida. Al per- seguir ese fin, la escuela estará segura de no comprometer el porvenir de sus alumnos que para ella es absolutamente indeterminado.

Sin duda la mayoría de éstos estarán luego en la obligación de "especializar- se". Pero habiendo sido cargados de energía y de entusiasmo durante los pri- meros años, sabrán resistir a la deforma- ción que amenaza a todos los que por una labor invariable y monótona deben ganar el pan de cada día.

La educación moderna, como hemos vi- sto, difiere de esa. El pedagogo actual, có- mo el de antes, tiene desconfianza en la vida por todo lo que ella tiene de espon- táneo y de imprevisto. Los alumnos que ha formado han enriquecido la memoria con procedimientos cómodos y verdades saludables, pero no han conocido el es- fuerzo de pensar; poseen la respuesta a mil cuestiones que no se han planteado ja- más. En la escuela el niño pierde poco a poco su confianza en sí mismo, porque,

quedando en la escuela, el niño no aprende a conocerse. No se le da ocasión de gastar su actividad en direcciones variadas; no se le revelan sus propias fuerzas. Ignora también muy a menudo lo que sería capaz de hacer con facilidad y con placer; no sabe que en tal dirección haría pro- gresos rápidos y que en tal dominio en- contrará dificultades insuperables y aburrimiento; no conoce ni sus gustos ni sus aptitudes. Será capaz quizás de perorar un cuarto de hora sobre las diferentes formas de la actividad humana: pero el

día en que se pregunte: "¿Qué voy a ser?" — vacilará con indiferencia entre la profesión de médico y la de abogado, y tal o cual de sus camaradas, menos afortunado, se hará burócrata, sin saber que hubiese podido ser un ebamista muy hábil.

En una palabra, la escuela tienen sobre el niño una profunda influencia: la fati- ga física y moralmente. Lo fatiga por- que cultiva en él una facultad única: la de componer o simplemente retener las frases. Si es un buen alumno contraerá quizás para siempre el hábito de las defi- niciones y de los enunciados satisfacto- rios. Los libros, las gentes y los pueblos que conoce, como por otra parte los que no conoce, todo será el pretexto para fó- rmulas. Resumirá en algunas palabras de- finitivas todo lo que atraiga su atención. Lo hará a veces de una manera picante; pero esa habilidad no bastará para hacer de él un buen hombre. Su manía empa- ñará para él la belleza del mundo. Redu- cir las cosas y los seres a palabras, es con mucha frecuencia reducirlos a la na- da.

sin cesar, se le han reprochado sus imperfecciones, se han dejado siempre inactivas sus fuerzas, se han contrariado constantemente sus verdaderas tendencias y sus verdaderas necesidades. En el porvenir esperará de los demás, de alguna autoridad humana o divina, la verdad o la dicha. Ha hecho en la clase el aprendizaje de la docilidad.

Sin duda aquellos que lo han preparado a la vida han querido darle la colección completa de las "recetas para salir adelante"; pero no han previsto todos los casos. Y el día en que el descontento tenga necesidad de iniciativa y de acción, queda inerte; de su ser disminuido no brota nada.

La escuela no quiere que el niño sea simplemente el niño; quiere que hable el argot del especialista, y hace de él la caricatura del hombre. Lo mismo que los pobres pequeñuelos de nueve o diez

años aprenden en el colegio la inoble parodia del amor, los escolares aprenden en clase la horrible parodia del pensamiento. Durante millares de horas, el niño permanece tranquilo, para no ser castigado; para merecer su diploma aprende un montón de cosas aburridoras, y, constantemente, en lugar de ejercitar sus propias fuerzas, retiene lo que los demás han hecho y dicho. Si de ese modo el educador moderno no puede preparar generaciones de entusiastas, forma, al contrario, excelentes empleados que, hasta el fin, saben cumplir con su deber. Pero el sentimiento del deber no será en ellos una fuerza que mantendrá recta su actitud; se confundirá siempre con el temor a desobedecer. Sin ímpetu, sin ardor, sin vida, se le hará inclinarse fácilmente ante la autoridad.

H. ROORDA VAN EYSINGA

DE LA GUERRA AL SOCIALISMO

Las hipótesis de Ernest Coeurderoy en 1854 y de Bertrand Russell en 1923

En el gran capítulo *Ejecución de la civilización por la espada* (págs. 349-413), bajo forma de visiones, Coeurderoy nos ha dejado por decirlo así una *utopía* de esa guerra mundial destructiva que soñaba. Su idea esbozada aquí era muy anterior a la guerra de Crimea (1854-55) que no se preveía en 1852 cuando publicó por primera vez su idea *cosaca*, ya concebida largo tiempo antes.

Escuchemos una vez más un resumen de su idea: "... La historia de los últimos cincuenta años, para todos nuestros países, testimonia sobre la inanidad de una sublevación que no agite más que una nación. Concibo que las fronteras obtendrán por esos motines superficiales puedan satisfacer a aquellos que definen la revolución: Libertad de prensa, formación de la guardia burguesa, supresión de los conventos, proclamación de una constitución, sufragio universal. Pero que aquellos que piden la abolición de la propiedad, la supresión del interés, la destrucción del monopolio, la libertad de la circulación, la equidad del cambio, el reino del trabajo, el imperio de las pasiones y de la dicha, que aquellos cesen de agotarse contra el medio civilizado. No se imprimen a los cadáveres más que saudades forzadas: el accidente no tiene alma."

"Por la organización social está prohibido a la masa burguesa desear la revolución de la anarquía (del trastorno general), porque los intereses burgueses subcambiarían con la civilización. Y sin embargo el desenlace de toda tentativa revolucionaria depende de la actitud de la burguesía. Al contrario, por su imperceptible minoría, está prohibido a los anarquistas tener una influencia decisiva en el resultado de los acontecimientos revolucionarios. Y sin embargo, la revolución de la anarquía es la revolución de la justicia. La verdadera revolución. ¿Cómo romper el collar de oro que nos sofoca?"

"Revolucionarios anarquistas, digámoslo altamente: No tenemos esperanza más que en el diluvio humano; no tenemos porvenir más que en el caos; no tenemos recursos más que en una guerra general que, mezclando todas las razas y rompiendo todas las relaciones establecidas, quite de manos de las clases dominantes los instrumentos de opresión con los cuales violan las libertades adquiridas al precio de la sangre. Instauraremos la revolución en los hechos, transformémosla en las instituciones; que sea inoculada por la guillotina en el organismo de las sociedades, a fin de que no puedan arrebatarla más. Que el mar humano suba y se desborde. Cuando todos los desheredados sean víctimas del hambre, la propiedad no será ya cosa santa; en el torbellino de las armas el hierro resonará en medio de la confusión de las lenguas, los abogados, los periodistas, los dictadores de la opinión perderán sus discursos. Entre sus dedos de acero, la revolución rompe todos los nudos gordianos; no tiene acuerdo con el privilegio, ni piedad para la hipocresía, ni miedo en las bata-

llas, ni freno en sus pasiones, ardiente con sus amantes, implacable con sus enemigos. ¡ Por Dios! dejémosla, pues, hacer y cantemos sus alabanzas como el marinero canta a los grandes caprichos del mar, su amor!"

"A los que están convencidos de poner la civilización a sangre y fuego; a aquellos para quienes todo está perdido, haber y esperanzas; — a quienes la avaricia de los ricos pone en la imposibilidad de ganar su vida; — a todos digo:

El desorden es la salvación, es el orden. ¿Qué teméis de la sublevación de todos los pueblos, del desencadenamiento de todos los instintos, del choque de todas las doctrinas? ¿Qué teméis que temer de los rugidos de la guerra y de los clamores de los cañones alterados por la sangre? ¿Hay en verdad desorden más espantoso que el que os reduce, a vosotros y a vuestras familias, a un pauperismo sin remedio, a una mendicidad sin fin? ¿Hay confusión de hombres, de ideas y de pasiones que pueda seros más funesta que la moral, la ciencia, las leyes, y las jerarquías de hoy? ¿Hay guerra más cruel que la de la concurrencia que os hacéis sin armas? ¿Hay muerte más atroz que la de la inanición que os está reservada fatalmente? A los terrores del hambre, ¿no preferís las heridas de la espada?"

¡Ved! todo está repartido, todos los puestos están tomados; en este mundo demasiado repleto llegáis como extranjeros. Desde el vientre de vuestras madres, sois vencidos; ser, pues, rebeldes desde el vientre de vuestras madres. O bin idos, como dice Malthus.

Os digo que no hay vida para vosotros más que en la universal ruina. Y puesto que no sois bastante numerosos en la Europa occidental para que vuestra desesperación haga brecha, buscad fuera de la Europa occidental. Buscad y encontradlos. Encontradlos en el norte un pueblo enteramente desheredado, enteramente homogéneo, enteramente fuerte, enteramente despiadado, un pueblo de soldados. Encontradlos a los rusos.

Si me decís que son cosacos, yo os responderé que son hombres. Si me decís que son ignorantes, os responderé que vale más no saber nada que ser doctor o víctima de los doctores. Si me decís que están encorvados bajo el despotismo, os responderé que tienen necesidad de ponerse en pie. Si me decís que son bárbaros os responderé que están más cerca que nosotros del socialismo y que la facilidad de su conversión nos está probada por la de todos los pueblos nuevos. Si me decís que todos son esclavos, os responderé que todos desean la libertad; — que todos son desheredados, os responderé que todos saben combatir por sus derechos; — si me decís que niegan todo lo que existe, os responderé que están a punto de afirmar todo lo que existirá. Los cosacos solos tienen bastantes fuerzas vivas e intereses en mayoría para hacer la revolución..."

Y añade: "... ¿o bien preferís recomendar la prueba de los gobiernos provisionales, de las asambleas deliberantes, del Luxembourg (comisión de trabajadores

que deliberaban en 1848 sobre las cuestiones sociales, bajo la égida de Louis Blanc); las paradas en el Hotel de Ville (demostraciones sin alcance) y las sangrientas jornadas de junio?... Y aun, si se prefería ir a oriente, a Turquía, donde los ejércitos aliados, franceses e ingleses se reunían entonces: "Id, pues, el señor Saint Arnaud os mandará, el maritarife de París, el que ha tendido vuestros hermanos sobre los pavimentos (en ocasión de la revuelta popular contra el golpe de Estado de diciembre de 1852 que inauguró el imperio), el feliz émulo del señor Samson" (el verdugo de París).

Y concluye esa parte: "¡Oh, al menos que esta guerra (la guerra de Crimea) sea la última! ¡Que dure bastante para que los pueblos civilizados se pregunten qué intereses sirven!"

¡Que sea bastante atroz para hundir el mundo en el estupor! ¡Que sea bastante inexorable para decapitar la Europa occidental! ¡Que traiga tras sí todas las pestes, todas las hambres y todas las concupiscencias! ¡Que impulse las olas de bárbaros sobre nuestras capitales deshabitadas! ¡Que se continúe de casa a casa, de familia a familia, de hombre a hombre! ¡Que la liberación surja de la servidumbre! ¡Que el bien se eleve del exceso del mal! ¡Que el calor y la vida se exhale de la sangre vertida! ¡Si, la muerte por el hierro, la muerte por el zar más bien que la muerte por el hambre y por la burguesía civilizada! — He aquí el grito que lanzarán pronto, como yo, todos aquellos a quienes abrasa el hálito de la revolución!" (págs. 19-23).

Las visiones *Ejecución de la civilización por la espada* comienzan así — es, según pienso, de algún interés pasar revista, resumiéndolas, a las posibilidades revolucionarias entrevistas entonces por un socialista inteligente como Coeurderoy, que era uno de los escritores muy raros que decían todo su pensamiento con independencia completa. —

"En la primavera próxima (1855), los rusos (en la guerra entonces con Turquía, Inglaterra, Francia y Piamonte, mientras que Austria mantenía una neutralidad armada, favorable a las potencias aliadas y que maquinaba desde esa época con la Rusia imperial) llegarán al pie de los Balcanes. — Las provincias danubianas (Rumanía), Bulgaria (provincia turca entonces), Serbia, Bosnia, Albania, Grecia, Dalmacia, Herzegovina, Montenegro, Salónica, Grecia entera abrazarán su causa. — Afganistán y Cabul se sublevarán contra los ingleses. — En España y en Portugal estallarán revoluciones sangrientas. El rey (de Grecia) Othon reclamará la libertad del culto griego (cristianismo oriental), las islas Jónicas (entonces inglesas), las Cícladas y Candia (la Creta turca). — El Africa francesa (Argelia) se moverá; se dirá que Abd-el-Kader (el héroe de la resistencia árabe en Argelia) ha reaparecido... ¡Rueda, Revolución!"...

Las grandes batallas entre los rusos y aliados en el norte de los Balcanes tendrán resultados inseguros. Pero los rusos, al sublevar a los eslavos y griegos, pasarán los Balcanes y serán tenidos en jaque todo el verano en Andrinópolis.

"Entretanto los prusianos invaden los países Bajos (Prusia mantenía una neutralidad completa); Francia, el Piamonte y Austria ocupan conjuntamente la Confederación suiza, cuya actitud es dudosa" (esto es pura fantasía). La escuadra báltica de los aliados bombardea algunas ciudades, toma islas, pero fracasa ante Cronstadt (la fortaleza que defiende a Petrogrado).

Insurrecciones en París, en Lyon, en todo el Mediodía de Francia; en Irlanda, en Nottingham, en Manchester, en Liverpool y Sheffield, lo que impide el envío de tropas aliadas a Turquía.

Antes de fines de 1855 los rusos perderán Constantinopla después de una resistencia heroica; el Sultán se refugiará en Siria.

Se lucha del norte al sur de las Indias Orientales. Los pueblos rebeldes son vendedores de los ingleses. Afganistán, Cabul, Persia, China, el Imperio Birmano, envían socorro contra los ingleses que son forzados a embarcarse. Sus barcos, sin carbón, encuentran cerradas todas las puertas, tanto ha jurado el oriente su pérdida; muchos de esos barcos perecen, muy pocos se salvan.

Constantinopla, el estrecho de los Dardanelos, pertenecen a los rusos, por tanto los barcos surcan el Bósforo, el Mar Rojo y el Mediterráneo; el Istmo de Suez;

Grecia, y las islas rebosan de tropas y de barcos rusos. Egipto obedece al Zar, Grecia está bajo su protección, sus tropas ocupan Smyrna, Jerusalén, la Meca, Alejandría, y el Cairo. Los ingleses se defienden en Malta contra los rusos y la población de la isla. España quiere volver a apoderarse de Gibraltar. Portugal expulsa a los ingleses de Lisboa y de Oporto. En Inglaterra se reunirán España y Portugal.

En Inglaterra "bandas de insurrectos recorren los campos, incendiando los castillos y fábricas; requiriendo la alarma, rompiendo las máquinas; cortando los rales del ferrocarril y los hilos telegráficos, degollando y robando. Cantan el refrán de los Rebecaitas y de los tejedores de Sheffield. Su nombre difunde el espanto. Veo las grandes ciudades sublevadas, la espantosa anarquía batiendo sus alas sobre las casas que se derrumban. Los obreros de Whitechapel y de Saint Giles (dos distritos de los pobres de Londres) saquean la Banca; fuerzan los almacenes; San Pablo (en la City) es el cuartel general del gobierno insurreccional. Todos los oficios están en huelga. El Támesis acarrea tantos cadáveres que se pueden distinguir estrias de sangre en medio de sus aguas grises!" (1).

Sólo en Escocia se atrincheró la resistencia de los conservadores y se sostiene aún. Irlanda se levanta en nombre del catolicismo, expulsando al opresor secular inglés.

"Veo a Inglaterra arruinada, trastornada, desposeída de los océanos, expulsada de Asia por Rusia; de América por los Estados Unidos; del continente europeo por todas las naciones que ha explotado. La veo consumida por una guerra religiosa y social como no se vio jamás otra..."

Francia, Rusia, Alemania, Suiza, Bélgica, Dinamarca, Holanda, la península ibérica, — todos los pueblos del mundo, chinos, cafres, afganes... "saben lo que cuesta a las naciones el monopolio británico; lo maldicen y se vuelven contra él"... La América naciente dará el golpe mortal". Jersey y las islas de la Mancha "vuelven a la Francia regenerada". Gibraltar, las islas jónicas, Malta, el Africa y sus islas, Ceylan, Hong Kong, las Antillas, Canadá y Terranova, todo se asocia a los países, confederaciones, continentes a quienes pertenecen por su situación natural. "Australia del sur se convierte en el núcleo de una civilización nueva; la raza anglosajona se propaga allí. Las razas no se pierden".

Max Nettlau

(1) Esto corresponde a lo que se esperaba entonces de una revuelta de las víctimas de las fábricas inglesas (del factory system). Los Luddites (destructores de máquinas), los chartistas y otros movimientos proletarios ingleses estaban impregnados de un espíritu de insurrección y de acción violenta sobre la aristocracia territorial y la nueva aristocracia de los manufactureros burgueses. Bertrand Russell (The Prospects of Industrial Civilization, 1923, edición americana, pág. 101), dice: "El proletariado no se ha vuelto más descontento; era ciertamente más revolucionario hace un siglo de lo que lo es hoy", y en pág. 118: "Sin duda el número de los hombres que se llaman socialistas aumentó, pero la intensidad de la creencia en su credo ha disminuido más pronto de lo que se acrecentó su número". Eso es verdad, y no hay que olvidar que entre el período en que pareció posible la revuelta franca — el tiempo de Coeurderoy — y nuestros días, intervinieron la edad de la desmoralización de la política obrera, socialdemócrata y reformista.

Está en venta el primer tomo de las obras completas de MIGUEL BAKUNIN: "La Revolución Social en Francia" 336 páginas, \$ 1.50 m/n